

Córdoba docet: el Instituto de Estudios Americanistas

Desde que en 1912 nos fué dado trabajar, con todas las posibles comodidades y facilidades, en la Congress Library de Wáshington, y desde que en 1925 tuvimos la fortuna de investigar en el British Museum, de Londres, con tantas y tan ventajosas ayudas de toda índole, hemos lamentado, y en numerosas ocasiones, el que en tierras argentinas no existieran instituciones que, a lo menos en lo más esencial y primordial, se parecieran a las dos nombradas instituciones y a tantas otras, análogas a ellas, como existen en los cultísimos pueblos europeos y en la gran República del Norte.

Existen, claro está, entre nosotros, no pocas bibliotecas, pero no pasan de ser unos buenos depósitos de libros, y algunos de éstos pueden ser útiles a los estudiosos si tienen la dicha de dar con ellos; y existen también archivos, pero éstos, por lo general, no son otra cosa que discretos almacenamientos de viejos papeles. Son entidades pasivas, con la pasividad de las canteras y de las minas. El que quiere explotarlas ha de ir armado de paciencia y ha de estar dispuesto a pasar muchas horas, ya en la inacción, esperando, ya en la confusión, buscando, ya en la desesperación, fracasando. Catálogos nulos o muy deficientes. Servicio lento y displicente. Asientos, mesas, luces, intolerables. Empleados o empleadas en cuyas actitudes parece leerse la repulsiva frase: ¿Por qué viene Ud. a fastidiarnos? Ambiente de pulpería, unas veces; de velorio, otras veces; de club de barrio, la mayoría de las veces. ¡Pobre cultura argentina!

Hay excepciones, felizmente. En Buenos Aires, y en algunas ciudades de Provincias hemos visto bibliotecas y archivos que superan esa mediocridad o ruindad, como el Archivo General de la Nación, en Buenos Aires, desde los lejanos tiempos de Biedma, y el Archivo y Biblioteca del Museo Mitre, desde los recientes tiempos de Fariní; pero la generalidad de nuestras bibliotecas y archivos son de una chatura aterradora.

Apenas llegan a ser depósitos de libros o de papeles donde es dado al estudioso trabajar con escasos y menguados recursos y con escasas esperanzas de éxito.

Nada de pasividad en la Congress Library y en el British Museum. Allí todo es actividad. Esas instituciones son máquinas con las calderas siempre en ebullición. El investigador que penetra en ellas no tiene que esforzarse para trabajar; es arrastrado al trabajo, es movido, agitado, gracias a los catálogos: abundantes, perfectos y cómodos; gracias a los jefes de sección: cultísimos y orientadores; gracias a los empleados generosos y serviciales; gracias a las mesas, sillas, luces: adaptadas o adaptables a las conveniencias del investigador. ¡Dichoso el joven estudioso que, al iniciar sus primeras búsquedas, da con un archivo o con una biblioteca de esa índole! ¡Infortunado el que tiene la desgracia de iniciarse en uno de esos peregrinos engendros de la idiotez que la viveza criolla ha rotulado archivo o biblioteca.

En Chile existe la llamada Sala Medina, aunque son varias salas, y excelentes, y en la parte más céntrica de la Biblioteca Nacional de Santiago. Aquello es un primor. El estudioso pasa allí sus cuatro, seis y aun ocho horas sin fatiga, sin molestia y, lo que es más, con positivo provecho. En Montevideo existe la Sala Blanco Acevedo. Menos rica en su haber bibliográfico que la Sala Medina, pero igualmente acogedora, invitadora, tentadora. Feliú Cruz en Chile y Pivel Devoto en el Uruguay son los hombres que han imprimido e imprimen "vida" a esas dos instituciones que tanto honran a chilenos y uruguayos.

Pero ¿existe algo, por el estilo, entre nosotros? Felizmente, podemos decir que sí. Existe el Instituto de Estudios Americanistas, institución dependiente de la Universidad Nacional de Córdoba. Constituido fundamentalmente con los libros y papeles de Monseñor Pablo Cabrera, como el de Chile se constituyó con los de José Toribio Medina y como el de Montevideo se constituyó con los de Pablo Blanco Acevedo, el estudioso se siente allí "at home". Todo ensancha allí el corazón, pone alegría en el alma y estimula a la labor: buenos catálogos, así de los impresos como de los manuscritos que ese Instituto atesora; jefes y empleados tan conocedores del acervo cultural que custodian, como serviciales en poner a disposición del estudioso lo que le puede ser de provecho; mesas, sillas y luces que si no llegan al ideal, superan, y con creces, la miseria dominante en instituciones análogas.

Es ciertamente sorprendente que, con el escaso personal con que cuenta, y con los cortos recursos de que dispone (el empleado más benemérito gana 325 pesos), se haya podido hacer lo que se ha hecho. Lo que hace diez años o algo más era un *bric a brac*, en poder de su dueño, como pudimos comprobar personalmente en no pocas oportunidades, hoy está en orden cabal, gracias a la acertada distribución de los materiales y a los excelentes catálogos. Lo que ayer era del uso casi exclusivo de aquel gran estudioso, el inolvidable Pablo Cabrera, hoy está al servicio de todos los estudiosos, y felizmente no son pocos los que acuden a tan ricos veneros.

Los deseos de Monseñor Cabrera han sido plenamente satisfechos, y aquel venerable varón sigue siendo el maestro, y más maestro que durante su vida mortal, gracias al Instituto de Estudios Americanistas. Fué maestro, no desde la cátedra sino desde el libro, y a base de su archivo y biblioteca se han publicado ya como veinte volúmenes, que nada tienen de factura indígena, esto es, no son el fruto de la improvisación o engendro de la pedantería que tantos estragos causa aún, entre nosotros. Y en torno de esos dos repositorios se están arquitecturando otras varias obras. Bien podemos aplicar a Monseñor Cabrera, y con más razón, lo que él dijera de uno de nuestros escritores más conspicuos: *et defunctus, loquitur*; aun después de su muerte, habla. Gracias al ágil, luminoso y vívido Instituto de Estudios Americanistas, Pablo Cabrera, hoy como ayer, habla y entusiasmo, enseña y construye. Lo que hacía ayer en su casita junto al Pilar o en su casona de la calle Colón, lo hace hoy, y lo hará mañana, desde ese silencioso, confortable, acogedor y simpático rincón en el novísimo Edificio Stabio, ubicado en la que fué otrora la Calle Ancha y es hoy la Avenida General Paz. *Cabrera loquitur*.

Allí están los tesoros bibliográficos del gran historiador cordobés, pero no como piezas de Museo, como restos de un pasado, como reliquias de un gran sabio, sino "motorizados", plenos de vida y dadores de vida, y eso gracias a la forma tan cabal como son conservados, tan cabal que no hay institución en tierras argentinas que le sea superior en vida y en espíritu. *Córdoba docet*.

O S C A R V I L L E G A S